

Perfil inacabado de Antonio Vilanova (1923-2008)

Adolfo Sotelo Vázquez
Universitat de Barcelona

La crítica que usted escribe es la que a mí me gusta: honrada, sin pensar en el efecto que pueda causar al escritor criticado.

(Juan Ramón Jiménez, 22-III-1953)

En uno de los incontables papeles que el desorden de los últimos años de su vida había amontonado en carpetas y archivadores, el profesor Antonio Vilanova dejó consignado:

Començo a escriure aquestes memòries, que no sé si tindrè temps d'acabar, en una etapa ja massa avançada de la meva vida, en la qual m'he trobat, gairebé sense adonar-me'n, que havia entrat de ple en la declinació final de la vellesa. Haver mantingut fins ara una bona salut física, sense mostres apreciables de decadència ni símptomes irreparables de decrepitud, ha fet que no tingúes consciència clara del pas inexorable de l'edat.

Son unas líneas escritas —como siempre— a mano y con caligrafía cuidada y clara, que seguramente datan de alrededor de 2005-2006, meses antes del fallecimiento de su mujer Lolita Soler Tintó en el otoño de 2006. Son el testimonio de la voluntad de escribir unas memorias, para las que había preparado a lo largo de toda su vida un almacén inmenso de materiales, casi inabarcable. Son, a la vez, la constatación fidedigna de la imposibilidad de llevar a buen puerto una tarea para la que había inventariado documentación de todo género: notas de diarios fragmentarios y dispersos, cuadernos de trabajos inacabados, un abundante epistolario, notas de viajes, cursos y conferencias y un acompañamiento amplísimo de noticias, artículos y reportajes de la prensa en las sucesivas etapas de su vida. Un océano informativo que no debe caer en las manos de los asedios del oportunismo de muy escasa, quizá ninguna, dignidad.

I

Antonio Vilanova Andreu nació en Barcelona el 23 de marzo de 1923, en el seno de una familia de la burguesía industrial y acomodada, que según un cuaderno de notas de 1949 “constituye la grandeza y el oprobio de Barcelona”. Los estudios primarios los realizó en la Escola Sant Jordi y el examen de ingreso de Bachillerato en el Instituto Jaime Balmes en 1933. Los años de la niñez son tiempos en los que se fragua su avidez lectora. En los últimos años de la II República inicia el Bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas de la calle Llúria, donde se enseñaba —son recuerdos de Vilanova— con “un sistema educatiu molt disciplinat, metòdic i sistemàtic, al límit del rigor” (Pons, 2004: 22). Durante la guerra civil y la inmediata posguerra completa sus estudios de Bachiller en la Agrupación de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras, donde sigue de cerca las enseñanzas del profesor de Literatura Española José Francisco Miralles, quien influirá decisivamente en su posterior dedicación al estudio de las letras hispánicas. Obtiene el título de Bachiller el 19 de agosto de 1940, con la máxima calificación.

De la etapa de los Maristas data el comienzo de una larga amistad con dos compañeros del barrio que, andando el tiempo, serían dos de sus mejores amigos, el periodista y escritor Néstor Luján y el notario Francesc Goday. En los años de la guerra, la biblioteca del piso de Rafael Vilanova —excepcional biblioteca privada que heredó su hijo y que ahora custodia la Universidad de Barcelona— se convirtió en el permanente oasis de los tres amigos. Naturalmente quien aprovechó más la biblioteca de su piso, en la calle Bruch número 24, fue Antonio Vilanova. Allí estaban los libros de Emili Vilanova, el gran escritor costumbrista, los libros de su abuelo y los de su padre. En el fondo, la biblioteca atestiguaba el linaje del que el joven estudiante se sentía partícipe: el del maestro Joan Vilanova, profesor de música, hombre de la Ilustración y lector de Voltaire y Rousseau.¹

A partir de 1938 la biblioteca de Rafael Vilanova se va a ir incrementando con las compras que hace su hijo, quien al mismo tiempo lee con inusitada voracidad los libros atesorados en sus anaqueles. En un cuaderno en el que el joven Antonio Vilanova anotó las obras adquiridas por él entre enero de 1938 y enero de 1940, se referencian más de doscientos setenta libros, en tres lenguas: catalán, castellano y francés. Si bien domina la novela (la francesa y la rusa del siglo XIX), sin desatender las grandes aportaciones del XX (desde Virginia Woolf a Valle-Inclán), se advierte un interés muy notable por los estudios de crítica literaria:

1. “En Joan Vilanova, organista, professor de música, mestre de capella i virtuós del violí, roman fascinat a la Barcelona de les darreries del segle XVIII, on té ocasió d’escoltar la música dels seus autors predilectes, on llegeix àvidament les gosadies volterrianes del *Candide*, i s’estremeix de passió amb les pàgines romàntiques de la *Nova Eloïsa*. Home de l’antic règim, és el símbol del plebeu del tercer estament, cultivat, intel·ligent i ambiciós, que origina la burgesia liberal il·lustrada de la Barcelona del vuit-cents” (Vilanova, 2001: 2).

Sainte-Beuve, Taine, Brunetière y —por ejemplo— los tres tomos de *La literatura francesa moderna* de Emilia Pardo Bazán, que adquiere a finales de enero de 1939, mientras las tropas de Franco ocupan la ciudad. La curiosidad intelectual y el refinado gusto del joven bachiller es bien patente a la luz de sus lecturas, impagable carta de navegación para el estudio de sus aprendizajes intelectuales.

Llegado el verano del 39, el joven Vilanova descubre su vocación poética. Los primeros poemas que escribe —hasta el verano de 1940— se gestan en la ansiedad de la influencia de Juan Ramón Jiménez, en concreto, en la órbita de dos de sus obras maestras *Eternidades* (1918) y *Piedra y cielo* (1919). Todo el quehacer poético del joven Vilanova está contaminado por la poesía desnuda juanramoniana. Incluso llega a conformar un libro, *Poemas espirituales* (otoño, 1939), que es un homenaje al gran poeta de Moguer. Los poemarios de estos meses nos revelan su primer amor, Carmen Arissó, a quien dedica un sin número de poemas, mientras se intuye una de sus pasiones adolescentes, juveniles y de la primera madurez: la música, cuya presencia en las prosas dispersas y en los programas de conciertos de su archivo me está ocupando desde hace ya largos meses para ultimar su peculiar relación con la música.

El 19 de agosto de 1940 obtiene el título de Bachiller y en octubre comienza sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. Son profesores suyos Fernando Valls Taberner, Federico Udina, Mariano Bassols de Climent, Joaquín Carreras Artau, José María Castro y Xavier de Salas. Ya en 1943 se convierte en discípulo del profesor Martín de Riquer, que será su auténtico maestro. Cuatro años más tarde, en 1944, se licencia en Filología Románica con el Premio Extraordinario de Licenciatura.

Los años de estudiante en la Universidad son muy fecundos, germinales, para la trayectoria de Vilanova en un contexto en el que se amalgama su primera vocación poética con su cada vez más presente obsesión: ser novelista. Los poemas del año 41 descubren la influencia de Federico García Lorca y Rafael Alberti en sus aportaciones en la dirección neopopularista de la poesía española. El joven Vilanova compone poemas sin cesar; muchos de ellos son de materia amorosa y dedicados a María Concepción (Chita) Darné, Caridad Jorge, Carmen Gilera y Asenchi Madinaveitia, una jovencísima muchacha² de la edad de Antonio Vilanova que fascinó al maestro Xavier Zubiri durante su estancia barcelonesa y con quien mantendría en el futuro una relación sorprendente, a pesar de ser prima de Carmen Castro, esposa de Zubiri e hija de don Américo Castro. También son frecuentes los apuntes para novelas, que a medida que avance la década se harán más numerosos. En una nota manuscrita fechada a finales del verano del 49, Vilanova escribe:

2. Cf. “Es una muchacha de ojos azules, delgada, despierta y alegre, de formas desenfadadas y muy interesada por la filología clásica y la humanidades” (Corominas; Vicens, 2005: 467).

Una de las secretas tragedias de mi vida consiste en la incertidumbre acerca de mi propio talento. No me refiero a mi competencia profesional ni a mi talento crítico y erudito que creo cierto, sino a mi capacidad creadora. A veces me desespera la idea de que toda mi inmensa curiosidad intelectual, todo mi mundo de ideas y sentimientos se pierda como obra por falta de genio artístico. Ser un novelista sería mi ilusión mayor y mi máxima ambición estética.

Al margen de aquellas jóvenes con las que Vilanova mantiene relaciones de amistad y de deslumbradores y primerizos enamoramientos, una fuente de amistad y de reflexión es Anna Maria Estelrich. En una nota del 2 de julio del 42 se lee: “L’Anna Maria que és fa estimar. [...] He dit a l’Anna Maria que no estimo a la Chita i és veritat. Cada dia em vaig enamorant més i més de l’Asenchi”.

También María Antonia Vidal forma parte de un enjambre de amistades femeninas sobre las que el joven Vilanova escribe expresando sus quimeras y sus sinsabores. Junto a ello está la formación universitaria, que va completando en la Facultad y en los cursos de Literatura Catalana Medieval, organizados por el Institut d’Estudis Catalans y que imparte en su domicilio el doctor Jordi Rubió Balaguer. Y, sobre todo, la capacidad lectora. Sus lecturas de esos años son oceánicas, impresionantes, tan solo comparables en número a la gran cantidad de audiciones de música clásica que acompañan sus soledades. Enumero algunas lecturas, correspondientes al año 42 y de las que el archivo del profesor Vilanova guarda rastro: Herrera, Arguijo, Góngora, Carrillo y Sotomayor, Rioja —entre la lírica española del Manierismo al Barroco—, Stendhal, Proust, Thomas Mann, Aldous Huxley, Ibsen —los cito según los va leyendo—, Gabriel Miró, Mallarmé, Montaigne, Juan Ramón, Virginia Woolf, Emili Bronte, Platón, Holderlin, Dostoievsky, Gerardo Diego, Chesterton, Sagarra, Benjamin Constance, Katherine Mansfield, Paul Valéry, etc.³

Como le advertiría Josep Pla años después y recordó el propio Vilanova en un texto inédito sobre el que fue una de sus grandes pasiones literarias: “este verano [1950] me dice Pla en Puigcerdà. ‘En sap vostè d’escriure. Sí, en sap! M’agraden els seus articles. Jo no sabia que vostè li agradés escriure. En pensava que només llegia’”. Para entonces Vilanova había iniciado su labor como crítico literario en el semanario *Destino* (4-III-1950). Las bases de esa dedicación fundamental de su personalidad también datan de los años de sus estudios universitarios. En las revistas universitarias *Alerta* y *Estilo* publicó sus primeros artículos de crítica literaria (15-VIII-1942 a 27-I-1945). En la primera, bajo la protección del médico Josep Espriu —hermano del poeta Salvador Espriu— se fraguó un grupo de amigos de gran duración: Josep Piera, Joan Perucho, Nani Valls, Cales Fisas, Ventura Torres, Josep Maria de Martín, Francisco José Mayans, Néstor Luján y

3. Para un análisis más pormenorizado de estos años juveniles debe verse la tesis doctoral de Alba Guimerà Galiana (2016).

Antonio Vilanova. En una publicación rara y exquisita de 1944, junto a las caricaturas que Martín hace de sus amigos, se pueden leer unos breves perfiles de sus jóvenes personalidades. El de Antonio Vilanova reza así (el autor es Luján):

Antonio Vilanova es tan viejo conocido mío que no me recuerdo sin conocerle. Es tan viejo en mí como yo mismo. Lo viaja todo. Se ha metido hasta el bosque bucólico español. Ha leído hasta *Les aventures de Télémaque* esfuerzo que sólo hizo Fenelon al escribirlas, y es fama que no pudo repetir. Antonio me recuerda mi niñez y luego nuestras primeras poesías y nuestras primeras lecturas. Y la primera muchacha, contemporánea a las primeras poesías. Está saliendo a cazar en el campo de la Literatura con gran aparato de montería. Va para caza mayor y todos esperamos de él un buen botín.

Antonio es grave, pero con ratos livianos. Y con los pañuelos dulcemente floridos de pequeños tulipanes de carmín (Luján, Martín, 1944).

Falta en el perfil de Néstor Luján una mínima alusión a otra de las pasiones juveniles que les unía, la de la fiesta de los toros, y en especial, la devoción creciente por Manolete, sobre la que también se podría recoger un buen ramillete de juicios en los textos juveniles de Vilanova.

Cuando se dispone a realizar el servicio militar en las Milicias Universitarias, donde alcanzará el grado de alférez, Vilanova es un brillante universitario y, sobre todo —lo que parece importarle más— un crítico literario reputado. En una carta escrita desde San Juan de Mozarifar (Zaragoza) —primeros tiempos del servicio militar— les dice a sus padres, quienes le mandan regularmente *La Vanguardia* y *Destino*, que Vicente Gaos le ha escrito comunicándole que “sabía por Dámaso Alonso y por Vicente Alexandre que era el mejor crítico joven de España”.

Los tiempos (marzo, 1945 – octubre, 1946) de San Juan de Mozarifar, Alicante, Graus y Laspuña (Huesca), al margen de las obligaciones militares, son tiempos de lecturas y relecturas. Su padre es el encargado de suministrárselas, según sucesivos encargos de libros, y un grupo numeroso de amigos —a los que se suma un amigo perenne, Joan Bastardas— le mantienen en contacto con la vida cultural, literaria y académica. Los comentarios epistolares a su padre a propósito de algunas de sus lecturas son bien significativos: “estic llegint *El árbol de la ciencia* de Baroja. És molt bó”; “Valle-Inclán tan bó com sempre, amb la particularitat de que el millor és evidentment el teatre”; o “He legit *Yerma* que no coneixia i que és una meravella”. En aquellos días el alférez Vilanova fumaba Lucky Strike.

De estos tiempos data la preparación de su primer libro académico. Se trata de la edición, prólogo y notas de *Lo Somni* de Bernat Metge, publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona (1946). Es el crisol de su formación universitaria. Pero, en realidad, las horas de estudio e investigación son ya horas gongorinas, que tienen como centro el *Polifemo*. Estos pacientes y minuciosos, esforzados y detenidos trabajos culminarán el 14 de septiembre

de 1951, con la lectura en la Universidad de Madrid de su tesis doctoral *Las fuentes y los temas del "Polifemo" de Góngora* dirigida por Dámaso Alonso. La tesis obtiene todos los galardones: el Premio Extraordinario de Doctorado y el Premio Menéndez Pelayo (1951) del CSIC.

En esas fechas Vilanova es profesor de la Universidad de Barcelona, donde había iniciado su larga andadura de maestro de varias generaciones de estudiantes en el curso 1946-1947. Se encarga de diversas asignaturas, pero al menos hasta 1959, su quehacer más constante está vinculado a la "Historia de la Literatura Española y sus relaciones con la Universal", que no solo es una asignatura, sino un método. Diría más, una vocación intelectual, que nos ha inculcado a todos los que hemos sido sus discípulos.

II

La etapa que media entre el otoño del 46 y el otoño el 52 contiene las semillas de gran parte de su trayectoria personal e intelectual posterior. Quiero bosquejarla en dos vertientes, no porque estas resulten estancas, sino porque sus interferencias generan un conflicto personal que el futuro biógrafo de Vilanova tendrá que atender con esmero. La primera es la dimensión pública que completa su perfil intelectual de profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona. La segunda —de corte más íntimamente autobiográfico— tiene como momento cenital su matrimonio con Lolita Soler el 12 de noviembre de 1952.

En cuanto a la primera conviene anotar su participación como fundador y jurado en el Premio de Poesía Juan Boscán del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, desde 1949 y durante una década. Así mismo, es fundador y miembro del jurado del premio de Literatura Catalana, La Lletra d'Or, desde 1950 hasta 1973, año en el que se produce su relevo estatutario al cumplir cincuenta años. En el año 1950 se inicia su participación durante una década como jurado del Premio de Novela Ciudad de Barcelona y un año después es escogido por Ediciones Aymá y Editorial Selecta como miembro del Premio Joanot Martorell de novela catalana, permaneciendo en el ejercicio hasta 1958. Seguramente me dejo en el tintero alguna otra nombradía más, que vendría a corroborar el lugar axial que el profesor Vilanova ocupaba en la vida literaria barcelonesa, tanto en su proyección en la literatura española como en las letras catalanas. Y, en efecto, era el pórico de su elección como secretario del jurado del Premio de novela Eugenio Nadal, concedido anualmente por Ediciones Destino y del que formó parte desde 1945 hasta su fallecimiento, al borde de completar los cincuenta años de participación. Previamente había sido fundador y miembro del jurado del Premio de la Crítica (1955-1959). Esta importante participación en los jurados de los premios literarios le llevó a utilizar las columnas de "La letra y el espíritu" para reflexionar sobre la crítica de los premios y el premio de la crítica en un importante artículo (*Destino*, 9-III-1957), que es también una atinada meditación autobiográfica.

El lugar central del profesor Vilanova en la vida literaria barcelonesa y por extensión española se consolida con el inicio de su colaboración regular como encargado de la sección de crítica literaria del semanario *Destino*, desde 1950 hasta 1966. En las columnas del semanario barcelonés Vilanova combinará equilibradamente las que venían siendo sus tres direcciones universitarias y eruditas: la literatura española, la literatura catalana y la literatura comparada, puente de plata para su interés por las literaturas europeas y americanas, que su epistolario certifica con un cierto orgullo e incluso inmodestia.

“La letra y el espíritu” y “Literatura y sociedad” son los dos rótulos que el profesor Antonio Vilanova eligió para llevar a cabo la crítica literaria desde las páginas del semanario barcelonés *Destino*. Cientos de artículos avalan una preocupación inteligente, unas síntesis siempre realizadas desde una estricta justicia y unos juicios atinados y certeros, que convirtieron a su autor en el crítico literario de mayor modernidad de ese preciso momento histórico. Me referiré, brevísimamente, a un ejemplo para probar desde el rigor implacable de la historicidad de la historia de la literatura esta afirmación.

Corría el verano de 1950 y Vilanova da cuenta y razón del recién aparecido *Ángel fieramente humano* de Blas de Otero. En pocas líneas apunta la ansiedad de las influencias del joven Otero: Fray Luis, San Juan y Quevedo; Unamuno y Antonio Machado, sin olvidar el virtuosismo gongorino de Rafael Alberti. A renglón seguido su fino olfato crítico —como antes su sólida formación literaria- le permite descifrar la *intentio operis*, posteriormente analizada y glosada por la historia de la literatura, pero sin añadir un ápice de significado a lo escrito en el ejemplar de *Destino* (8-VII-1950):

El ímpetu agónico, la torturada congoja que exhalan sus versos, revelan desde un principio la primordial obsesión que atenaza el alma del poeta. La desgarrada imprecación, la dolorida queja que brota de sus labios como una densa marea ensangrentada, se adereza de manera casi exclusiva hacia el problema de la soledad del hombre y del abandono de Dios.

Tal era y es la temática esencial de *Ángel fieramente humano* como radicalmente afirmaba el primer poema del libro, “Lo eterno”. Hay angustia existencial y hay también esperanza salvadora, incluso con la postulación de un ancla, de un amarre, de un arraigo. Vilanova vislumbró ese resquicio de la luz que asoma en el desolador y angustioso pesimismo del libro. Posteriormente, la mejor crítica e historia literarias lo analizaron detenidamente, insistiendo en lo apuntado por la clarividencia de Vilanova. Por su parte, la crítica y la historia literarias menos rigurosas se dedicaron a tergiversar el sentido del espléndido libro de Blas de Otero, que debía aparecer como un poeta social y socialista sin fisuras, desde su mismo amanecer literario.

Vilanova toma como ejemplo y modelo crítico a Ortega, quizá una de las lecturas más fecundas y constantes de su juventud. El sólido soporte orteguiano

del quehacer crítico de Vilanova no podía por menos que manifestarse como gavilla que recogiese el haz de sus artículos hasta febrero de 1962. “La letra y el espíritu” es un rendimiento de pleitesía al orteguiano “Espíritu de la letra”. Los dos sumandos nominales se repiten: la letra, el lenguaje, y el espíritu, la doctrina, “el vapor sutilísimo que exhalan los vinos y los licores”, según una sugestiva acepción que conviene retener. La letra, la palabra, no encierra el significado de un texto, sino que desde ella se instaura un proceso espiritual (creo que el padre Feijoo lo llamó “tino mental”) que va más allá del medio lingüístico, constituyéndose en el meollo de toda interpretación, que en el caso del profesor Vilanova, combina la tensión impetuosa en la raíz del propósito con la medida delicadísima en sus realizaciones, sean (y cito deliberadamente otros objetivos críticos de su sección de *Destino*) sobre las obras de Josep Pla o Salvador Espriu, Albert Camus o Claude Simon, Thomas Mann o William Faulkner, a quien, por cierto, Vilanova dedicó tres memorables artículos —por la oportunidad y la calidad— a finales de 1950, con motivo de la concesión del Premio Nobel de 1949 al extraordinario novelista norteamericano.⁴

Junto a estos dos aspectos capitales de su labor pública de intelectual y de profesor universitario hay que consignar sus quehaceres como conferenciante, que le consolidan en dicho lugar de privilegio. Mencionaré dos episodios y un apéndice de una aventura que debería tener un amplio desarrollo y un discreto y oportuno narrador. Viernes, 14 de enero de 1949. Vilanova dicta una conferencia sobre “Marino en España” en el Instituto de Cultura Italiana de Barcelona. La conferencia quería poner en relación la poesía religiosa y moral de Marino con los poetas españoles del Barroco, desde Quevedo a Calderón. Vilanova celebró su éxito con Anna Maria Estelrich, los Riquer, Goday, Luján, Masoliver, etc. En una anotación de semanas después leemos: “Estaba también Lolita, la maravillosa adolescente que conocí en Puigcerdá y que ha venido a saludarme sólo un momento sin hablar casi conmigo, pues ya me dijo que ella no iba a felicitarme nunca”.

Viernes, 26 de mayo de 1950. En las sesiones literarias de la Casa del Libro (Ronda de Sant Pere, 3) se celebra el VI Centenario del nacimiento de Bernat Metge, ocasión al mismo tiempo, de la aparición de sus *Obras completas*, prologadas por el profesor Riquer. Comentan la vida y la obra de Bernat Metge, Durán i Bas, Martínez Ferrando, Mateu i Llopis, Martín de Riquer y Antonio Vilanova. Salvador Espriu acude al acto, escucha con atención a Vilanova y unas horas después le escribe la primera carta de un epistolario apasionante: “Vaig ésser ahir a sentir-vos, a la Casa del Libro. No solament sabeu moltes coses, sinó que les sabeu dir: us felicito cordialment. Sempre vostre afm. Salvador Espriu. 27-V-50”.⁵

4. Para la vinculación de Vilanova con el semanario *Destino* pueden consultarse: Ripoll Sintes, 2012; Sotelo Vázquez, 2014.

5. Cf. Guimerà Galiana, 2015: 155-166.

El apéndice tiene fecha del 18 de junio de 1950. El Centro Gallego de Barcelona celebra la Fiesta Gallega de las Letras. Se falla el premio convocado sobre el tema de la “Influencia de la poesía trovadoresca provenzal en Cataluña y Galicia”. El ganador —como se puede leer en la crónica de la fiesta— fue Antonio Vilanova Andreu, joven profesor de la Universidad de Barcelona, y ya figura muy destacada de la crítica literaria. El lema en el que había cobijado su trabajo Vilanova era: “Del rosal vengo, mi madre, vengo del rosale”. El título de su estudio, “Influencia de la lírica provenzal en la lírica catalana y gallega”. El premio, mil pesetas.

Los episodios y el apéndice revelan como Vilanova presentaba en sociedad —la activa sociedad barcelonesa de los tiempos de silencio— sus conocimientos de filología románica, del mismo modo que se iba agrandando su figura de crítico literario. Conocimientos de filología románica hispánica que tienen entre el 48 y el 52 eslabones fundamentales en trabajos como *Erasmus y Cervantes* (Barcelona, CSIC, 1949), ediciones como *La lozana andaluza* (Barcelona, 1952) y ensayos y artículos sobre Cervantes, Herrera, Góngora o Calderón, entre otras figuras del Siglo de Oro de las letras españolas.

Desde el punto de vista personal la etapa que va del otoño del 46 al otoño del 52 conoce de sus relaciones amorosas y su matrimonio con Lolita Soler. Fueron unos primeros compases problemáticos, que dieron paso a más de medio siglo de matrimonio, en el que Vilanova encontró las coordinadas placenteras para sus trabajos y sus días de profesor y crítico literario. Las anotaciones —cercanas a un diario— que Vilanova escribe con una desesperante irregularidad, nos ofrecen algunos datos inequívocos. Vilanova y Lolita se conocieron en Puigcerdá, durante el Curso de Verano de 1948. Su primer encuentro barcelonés fue la mencionada conferencia “Marino en España”, pues Lolita era también licenciada en Filosofía y Letras y muy aficionada a las letras románicas. A lo largo del mes de febrero de 1949, Vilanova descubre que se ha enamorado de Lolita y lo escribe, situando este amanecer amoroso como réplica de los amores y amoríos de la primera juventud:

En el fondo me temo que me he enamorado de esta muchacha sencilla e ingenua, que desde un principio supo tratarme con una atrevida y cautivadora llaneza, que repentinamente abrió ante mí el mundo mágico de mi adolescencia perdida con el hálito dulce de una muchacha en flor. ¡Cuántos años hace que está perdido para mí este hechizo subyugante y tibio, ese maravilloso misterio del amor virgen de la mujer niña! ¿Por qué me he dejado arrastrar, desde mi primera juventud hacia el amor sensual, hacia el goce furtivo de la carne vedada, hacia la posesión sabrosa de la amante, y perdí tan pronto la ilusión de la novia que sólo una vez logré tener? ¿Será el desencanto de aquella experiencia aburrida y triste con María Antonia? Y sin embargo probablemente fui injusto con ella. ¿Será el fracaso de mis amores platónicos y no correspondidos con Chita y Asenchi? ¡Dios mío, qué sino trágico este de no haber logrado despertar un auténtico amor en las muchachas que he querido! Porque en el

fondo yo no quería a María Antonia, y Ana María tuvo para mí un capricho sensual que mi inexperiencia y timidez torpe de adolescente no supo satisfacer. Me gustaría estar seguro de que esta inquietud que siento ahora, es verdaderamente amor. Me gustaría haberme enamorado de Lolita.

El noviazgo oficial se iniciará en el otoño del 49. En una de las anotaciones de esas fechas —siempre plagadas de juicios y opiniones alrededor de la música clásica— y mientras escucha la “Suite para cuerda” de Purcell, “el mayor genio musical de la Gran Bretaña”, según deja consignado, Vilanova escribe a propósito de sus años juveniles que morosamente contempla a través del recuerdo: “Todo este mundo que me parece borroso y lejano desde que mi amor por Lolita absorbe toda la pasión de mi vida, y que sin embargo forma parte de mi propia vida”. He ahí la clave de los dramas sentimentales que frecuentan los años de noviazgo y los primeros de su matrimonio. La vida anterior, la que se alimentaba de otros amores, no acababa de desvanecerse y despertaba los recelos de Lolita. Todo ello vivido desde un intenso y apasionado amor por la joven que había conocido en Puigcerdá y del que las anotaciones dan cumplido testimonio: “Deixo la feina un moment per escriure aquestes ratlles mentes escolto *La Vie en Rose*, que em porta tants records de la Lolita” (3.I.1950); o “Escucho por la radio la preciosa aria ‘Che farò senza Euridice’ del *Orfeo* de Gluck [...]. Es una de las páginas musicales de más pura y límpida belleza que conozco y me gustaría oírla con Lolita a mi lado, porque mi deseo más hondo sería gozar con ella de todas las bellezas que la vida nos ofrece a cada paso” (13. II.1950).

Ahora bien, la reconstrucción de las irregulares e interesantísimas anotaciones de Vilanova nos hablan de la clausura de un mundo juvenil (en el que conoció a Joan Estelrich a los diecisiete años y a Xavier Zubiri a los diecinueve) y del cercenamiento definitivo de sus quimeras de ser un gran poeta primero, y de convertirse en un gran novelista después, en medio de unas angustiosas zozobras sentimentales. Quizá del desperdigado y caótico almacén de notas, conviene rescatar una, fechada el 31 de octubre de 1952, bien significativa del final de una etapa que días después se habría de producir:

Paisaje alucinante de mi vida, cuyo rastro olvidado se yergue tras de mí como un fantasma nunca visto. Prodigioso egoísmo de la felicidad que arrinconada despiadadamente el recuerdo del pasado. Cartas y más cartas que releo antes de romperlas, rompiendo para siempre el lazo ya desvanecido que podía unirme con seres y momentos pasados, y que me descubre insospechadas aventuras de mi vida que nunca hubiera recordado. Cien novelas en unos pocos años y todas ellas tan remotas y extrañas para mí como si yo nos las hubiese vivido.

III

Los años que median entre su boda y su estancia como Profesor Visitante en el Department of Spanish and Portuguese de la Universidad de Wisconsin son prolijos, sembrados de acontecimientos de luces y de sombras. En los quehaceres como profesor encargado de la Segunda Cátedra de Historia de la Lengua y la Literatura Española de la Universidad de Barcelona, Vilanova vio como el número de sus alumnos se multiplicaba. Así, por ejemplo, son alumnos suyos en el curso 1953-1954: Joaquín Marco, Sergio Beser, Nuria Sales, Gloria Roig, Ricard Salvat, José María Carandell o Lluïsa Forrellad. Las promociones y los nombres son incontables. La pasión de Vilanova por la literatura se proyectará en muchos de ellos.

Su presencia en coloquios y seminarios de Literatura Española y Estética Literaria en el resto de España se hace constante, fecundísima: Madrid, Santiago de Compostela, Palma de Mallorca, Zaragoza... De entre la copiosa documentación que la prensa de la época facilita al estudioso, quiero recordar la excelente crónica que de los coloquios de Estética Literaria celebrados en Zaragoza en 1955 —con participación de Fernando Lázaro Carreter, Ildefonso M. Gil, Francisco Yndurain, Alfonso Sastre y Ramón de Garciasol, entre otros— hizo para *Ateneo* (1-VII-1955), Rafael Santos Torroella. Sintetizando la lección de Vilanova, subraya la definición que ofreció a los asistentes del género novela en “su espléndida disertación”: “Imagen del hombre y de la vida humana en su acontecer real e imaginado”. Una definición en la que siguió creyendo hasta sus últimas reflexiones acerca de la teoría de la novela en los albores del siglo XXI.

Dos sucesos de 1954 merecen mención aparte. De un lado, el cumplimiento de la elección como académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, con su ingreso el 18 de mayo. Y de otro —fue el pórtico del ya mencionado— el enorme interés con el que fueron seguidas sus clases en la Cátedra Juan Boscán de Lengua y Literatura Catalanas de la Universidad de Madrid. Vilanova, que compartía la docencia con Martín de Riquer y Antoni M. Badía Margarit, se ocupó en diferentes sesiones de Ramon Llull y de Bernat Metge. Corría la primera quincena de mayo y Vilanova, acompañado de Lolita, se hospedaba en el Hotel Moderno, en la muy céntrica calle Arenal.

Son años en que se multiplican sus relaciones. Tres de ellas son de gran calado: Américo Castro, Camilo José Cela y Miguel Delibes. Cela fue una amistad entrañable y tácticamente fundamental en los años cincuenta. El curioso lector puede echar mano de un primer intento de relato de aquella relación en mi “Memoria de Antonio Vilanova (1923-2008)” (Sotelo Vázquez, 2008: 87-122).

El acontecimiento más importante de estos años, que marcará de modo inequívoco la trayectoria de Vilanova, son las oposiciones para la cátedra de Literatura Española de la Universidad de Barcelona en las que tomará parte. Una brevísima anotación del 31 de enero de 1957 reza:

Dentro de dos meses voy a cumplir 34 años y seguramente antes se va a decidir mi porvenir y mi carrera universitaria. Las oposiciones para la Cátedra de Literatura Española de Barcelona en las que tomo parte y a las que se presentan Blecua y Díaz-Plaja van a ser convocadas de un día a otro, y en ellas me juego diez años de profesorado universitario y la posibilidad de una situación económica fija y estable.

Las oposiciones se retardaron y su desarrollo se llevó a cabo en diciembre del 58 y enero del 59 en Madrid. Los candidatos que rivalizaron con Vilanova fueron José Manuel Blecua, Guillermo Díaz-Plaja y José Luis Varela. El tribunal lo presidió Melchor Fernández Almagro. El primer ejercicio lo realizó Vilanova el lunes 15 de diciembre. El último ejercicio de la complicada oposición tuvo lugar para Vilanova la tarde del jueves 21 de enero. Le ayudaron, con su compañía y sus asistencias bibliográficas, Antoni M. Badia Margarit, Jaume Vicens Vives y Antonio Rodríguez Moñino. De entre los miembros del tribunal el más decantado hacia el perfil de Vilanova fue Emilio Alarcos, y siempre contó con el apoyo de Camilo José Cela y toda su prosopopeya. El profesor Vilanova no obtuvo la cátedra, pues el tribunal se decidió por José Manuel Blecua, pese a los indudables méritos del profesor barcelonés, reconocidos por el propio tribunal y por observadores muy cualificados como Dámaso Alonso.

El fracaso le fue un contratiempo muy difícil de asimilar. Llevó consigo una serie de variantes en su trayectoria humana que no es el lugar para examinar. Quizá valga la pena para cerrar este episodio —que en el futuro habrá que analizar sosegadamente— dar a la luz algunos fragmentos de una extensa carta que Vilanova escribió a Camilo José Cela el 8 de marzo de 1959. El motivo recurrente es el esfuerzo baldío de una oposición que, a su juicio, había tenido un resultado injusto:

Esta es la primera carta que escribo desde que volví a Barcelona brillantemente derrotado por el genio de las variantes y de la erudición archipurísima. Pese a los encomiables esfuerzos por dorarme la píldora de nuestros buenos amigos de Madrid — por una parte, Rodríguez Moñino que resultó ser un verdadero modelo de bondad humana, de comprensión y rectitud y un verdadero amigo en tan amargo trance; por otra, Dámaso, que nos invitó a almorzar en su casa y se esforzó en hacerme olvidar el mal trago pasado con halagadoras perspectivas, y finalmente la traca final en la estación de Atocha, con la inesperada aparición de dos Académicos de la Lengua que vinieron a despedirnos, el primero, don Rafael Lapesa e un gesto cordial de desagravio por su manifiesto partidismo a favor de Blecua, el segundo, don José María de Cossío, por pura amistad y afecto— pese a todo esto, digo, confieso que llegué a mis lares en un estado de ánimo más próximo al pecado de la ira que al de la mansedumbre que trae consigo el hundimiento moral. Ira que no logró mitigar la recepción apoteósica de mis alumnos de la Universidad que vinieron en masa a mi clase el día en que no tuve más remedio que reemprender el curso [...].

Ira y exasperación rabiosa que me dura todavía y que me indujo a encerrarme en un hosco silencio epistolar, plenamente consciente de que si empezaba a escribir ca-

tas de gratitud, degenerarían fatalmente en acres memoriales de agravios, llenos de cosas desagradables y muy poco halagadoras para todos e incluso para mí mismo [...].

Anteayer recibí una carta de don Américo al que le han convencido de que yo tuve mucha desgracia en la lección sobre Galdós —y puedo apostarte querido Camilo, que ninguno de los miembros del tribunal, ni siquiera don Américo, conoce a Galdós mejor que yo—; que di poca importancia a mi tesis sobre el *Polifemo* en el autobombo [...] y que en mi lección magistral sobre el *Lazarillo* no me ajusté estrictamente al programa ni a los distintos epígrafes de la lección. Nadie le ha dicho, sin embargo, que mi memoria metodológica era un trabajo original y de primera mano, en la que hacía por vez primera la historia del concepto *literatura* y de historia literaria en España desde Nebija hasta hoy. Nadie le ha dicho que mi lección sobre el *Lazarillo* era una comunicación científica absolutamente renovadora, con materiales de investigación de primera mano que demostraban el influjo y la lectura directa del *Asno de Oro* de Apuleyo por parte del anónimo autor del *Lazarillo*. Nadie le ha dicho que en mi lección sobre Galdós di una visión absolutamente nueva del gran novelista, a base de sus ideas sobre la técnica de la novela que yo a lo largo de los años he recopilado pacientemente, que nadie ha estudiado hasta ahora y con los cuales se demuestra que la afirmación de Baroja en sus *Memorias* acerca de la preocupación de Galdós por la técnica de la novela no es gratuita ni inventada.

Al cabo de los años, en las primeras semanas de 1967, Vilanova realizó su segunda oposición, la de agregado a cátedra. Madrid de nuevo, pero en esta ocasión el matrimonio se hospedó en el Gran Hotel Victoria. Desde ahí le escribía a sus padres el domingo 5 de febrero: “Ja hem fet quatre exercicis: *autobombo*, *memoria*, *magistral* i *encerrona*, i en tots he sortit per unanimitat amb cinc vots. Els altres, a partir del segon, van igualats amb tres vots a molta distància”.

En efecto, Vilanova obtuvo la plaza primera: eligió Barcelona. Varios años más tarde, en 1975, fue nombrado catedrático, por concurso de acceso, de Historia de la Lengua y Literatura Españolas de la Universidad de Barcelona. El maestro Vilanova sobrepasaba el medio siglo de edad. Desde luego la casuística académica no había sido justa con su brillante y sólida trayectoria.

Tras la estancia en Wisconsin se inició para Vilanova una nueva singladura que, al margen de la vida académica, que entrevió desde entonces con escepticismo y reticencia, le fue convirtiendo en una figura fundamental del mundo cultural barcelonés. Su colaboración con las editoriales Seix-Barral y, sobre todo, Lumen merece capítulo aparte. Desde Barcelona siguió ejerciendo una crítica literaria noblemente académica, ponderada, ahondadora en la íntima textura de las obras. Y siempre lejos del dogmatismo.

Son sus palabras, contestando a una entrevista de Pedro Bonnin (*El Correo Catalán*, 16-III-1968). Le preguntaba el periodista acerca de qué prejuicio debía despojarse el crítico cuando se enfrenta a una obra literaria:

El dogmatismo. Tanto en el terreno estético como en el ideológico. El crítico no puede pretender que existe un dogma literario ni una doctrina ideológica que representa la verdad pura, de la que ningún escritor puede desviarse. Antes de juzgar una obra, como decía Ortega, hay que intentar comprenderla.

Bibliografía

- COROMINAS, Jordi; VICENS, Joan Albert (2005), *Xavier Zubiri. La Soledad Sonora*, Madrid, Taurus.
- GUIMERÀ GALIANA, Alba (2016), *Los aprendizajes literarios de Antonio Vilanova y Néstor Luján: 1938-1950*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- GUIMERÀ GALIANA, Alba (2015), “Salvador Espriu i Antoni Vilanova. Primers contactes (1950-1960)”, *Indesinenter. Anuari Espriu*, 10, pp. 155-166.
- LUJÁN, Néstor; MARTÍN, José María de (1944), 9, Barcelona, Gráficas A. López, s.p.
- PONS, Agustí (2004), *Néstor Luján. El periodisme liberal*, Barcelona, Columna.
- RIPOLL SINTES, Blanca (2012), “Destino” y la novela española de posguerra (1939-1949), Vigo, Academia del Hispanismo.
- SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo (2008), “Memoria de Antonio Vilanova”, *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, LIII, pp. 87-122
- SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo (2014), “Prólogo” a Antonio Vilanova, “La letra y el espíritu” (1950-1960): *letras universales*, Madrid, Devenir.
- VILANOVA, Antonio (2001), “Petita crònica familiar”, *Emili Vilanova i la Barcelona del seu temps*, Barcelona, Quaderns Crema.